

**El desafío de la proximidad responsable
Ser aliados de la vida, incluso en el tránsito más difícil.**

Pierangelo Sequeri

El humano en la prueba y la fe religiosa en el Hijo: recomposiciones

La acogida de la impotencia de una situación-límite de vida a la que no podemos ofrecer esperanza humana de curación no puede -no debe- ser superada superficialmente por la palabra de la fe. La proximidad evangélica, que el creyente recibe como una tarea irrenunciable y sin excepciones, permanece en estrecha relación con la proximidad humanamente responsable que honra el vínculo afectivo y social también en su condición- límite. Es también un pacto irrevocable entre los humanos.

El sufrimiento amenaza nuestra fe en el sentido de la existencia, abre una herida en la promesa de Dios que la acompaña. La provocación es real: debe ser acogida, no apartada, precisamente por amor de la fe.

El dolor interroga la promesa de muchas maneras. La fe, en la condición de sufrimiento maligno y trágico, es motivo de *resistencia* al aflojamiento y a la pérdida de los vínculos entre la experiencia y el sentido, y por lo tanto también da sentido al padecimiento. La fe es provocada para mantener los lazos de la promesa de Dios con más fuerza que esa fuerza separadora del sufrimiento. Protege los afectos que estamos tentados de abandonar, alejar, incluso maldecir, cuando el ser querido está enfermo, herido, o nosotros mismos lo estamos. Nos exhorta a no avergonzarnos por querer hacer el bien, a no considerar sin sentido todos los lazos que hemos cultivado con lo que es justo, amable, digno, bueno, verdadero. Incluso ahora, aquí y ahora. El sufrimiento nos impulsa a quitarle el sentido a nuestra vi-

da, la fe nos anima a dárselo y nos invita a encontrar la fuerza necesaria para conservarlo, fortalecerlo y defenderlo.

La fe, antes y más que dar sentido al sufrimiento, confirma el sentido *de la vida: incluso* en el sufrimiento y en la angustia trágica. Porque nos recuerda, como Dios a Job, que también aquí y ahora la justicia sigue siendo justicia, el bien sigue siendo el bien, y el amor de un hijo sigue siendo amor digno de ser generado, enseñado, defendido a toda costa como “algo bueno”

El sufrimiento maligno pretende mostrarnos el camino de la verdad: presiona nuestra debilidad para que podamos confesar que la vida carece de sentido, indigna de ser vivida; que el amor es ilusorio y vano; y que la búsqueda de la justicia está excesivamente obstaculizada, por el cielo y por la tierra, para que valga la pena luchar por ella para sí mismo y para los demás. Y por este camino, nos lleva a pensar que el hombre enfermo ya está perdido. Que la muerte hace vanos todos los sacrificios que los afectos nos piden que hagamos. Que el destino maligno que nos margina del estado de bienestar normal, es una condena temprana: debemos distanciarnos de su posible contagio, se nos permite marginar a los que son víctimas de él, se nos excusa del impulso de escapar abandonando al otro que no puede más. Inducir al hombre a la desesperación, por el exceso de una sublimación del dolor -en el bien o en el mal- no es digno ni de lo humano ni de lo divino. No es en este camino que debe buscarse la capacidad de la revelación para hacer que la fe sea sostenible. Este no es el camino de la consolación religiosa en la prueba de la vida sufriente que oscurece su sentido.

La participación del Hijo, que asume lo humano excepto el pecado, atraviesa todo el itinerario de Job: hasta la angustia de la muerte y el grito de abandono. La pasión y la muerte del Señor *nos salvan*: una de las verdades fundamentales de la fe sobre las que se edifica el cristianismo. Al

mismo tiempo, es una de esas verdades que deben ser preservadas con especial delicadeza del oscurecimiento y los malentendidos.

El don de la gracia no es el desgarrar de la herida, sino más bien el lazo del amor -de la atención ininterrumpida, de la promesa de redención- que permanece allí y obra, a pesar de todo. El gesto de suprimir la vida al límite de su fragilidad allana el camino a la victoria del nihilismo: autoriza la obra de la muerte por miedo del abandono del viviente que nadie quiere soportar. El signo de la presencia del Señor, por otra parte, está en la súplica del amor, no en la consagración del dolor. La verdadera angustia de Jesús en el huerto, el grito real de Jesús en la cruz, protegen la incomodidad de los débiles y de los indefensos de la necesidad de avergonzarse de su postración y así justificar su abandono. Pero en el evangelio de Jesús hay algo más. *La primera observación* puede venir de la contextualización de la pasión y muerte de Jesús en el horizonte de su relación con los discípulos. El hermoso y resplandeciente gesto que anuncia el sentido de entregarse al sufrimiento y a la *muerte pro nobis* lo vemos en la *entrega voluntaria de Jesús a los guardias* que vienen a prenderlo. Con ese gesto, en el que Jesús se hace plenamente responsable de su ‘escandalosa’ predicación se ofrece ‘en lugar’ de los suyos, el Señor evita en un momento dado el sacrificio de sus amigos más queridos e incluso de los guardias y siervos del Sannedrín (“Os he dicho que soy yo. Así que si me buscáis a mí dejad marchar a estos” Jn 18,8). De esta manera Jesús rechaza la insinuación de que el derecho de Dios puede ser restablecido crucificando al hombre. Dios no es aplacado con la sangre derramada, sino con la sangre preservada. Para ello, el Hijo está dispuesto a ofrecer la suya. El Hijo hace estallar sobre sí mismo toda la violencia del pecado del mundo.

El pecado del mundo trata de reproducirse y de legitimarse derramando la sangre del hombre. El Hijo toma sobre sí mismo el pecado del mundo, hace estallar su violencia “entre él y el Padre”, y así quita toda co-

artada -humana y religiosa- al pecado y a la violencia del mundo.

Quisiera formular una *segunda observación*. Los milagros de Jesús son siempre gestos de liberación del mal: en la interpretación de Jesús están inspirados por un poder de Dios contrario al sentido de discriminación y condena que su interpretación convencional, que piensa interpretar la ley de Dios contra el hombre, difunde en la conciencia común. En esa interpretación el enfermo es siempre, directa o indirectamente, un pecador: de modo que sólo a través de su sufrimiento Dios es compensado por la violación de su derecho. Los gestos de liberación del mal, dirigidos a hombres, mujeres, niños, samaritanos, publicanos, apuntan a imprimir en la conciencia del hombre una verdad antigua y olvidada. Jesús instruyó explícitamente a sus discípulos sobre el carácter cuanto menos ocioso y anti-evangélico del pensamiento que persiste en consideraciones que conciernen exclusivamente a *las razones de Dios*, mientras que el pobre espera ser socorrido en *nombre de Dios* para manifestar la verdad que glorifica a Dios (Jn 9,14).

Si no sabemos hacer milagros, hagamos lo que podamos, en la misma dirección que Jesús. Jesús conoce el padecimiento que destruye los afectos más queridos. Y a diferencia de todos los hombres, el Hijo sabe exactamente cuánto el Padre está apegado a la generación de cada hombre que viene a este mundo para la vida eterna.

La relación social que no quiere heredar el trabajo de la muerte

El espectro del propio defecto, de la sustracción de la atención, del abandono irresponsable, se despierta magnificado en la situación- límite de la vida y en su vulnerabilidad al dolor. En todo momento, nos inducen a pensar si no estamos cediendo al impulso de descargar el fardo, de buscar coartadas para no responsabilizarnos, de hacer prevalecer el resentimiento

del dolor sobre el sentimiento de amor. Esta prueba de los afectos debe entenderse ante todo como una parte inevitable de nuestra sensibilidad moral y de nuestra fragilidad afectiva. La delicadeza de esta comprensión de nuestras incertidumbres es tanto más necesaria hoy en día, cuanto que promueve una cultura muy estructurada y muy capaz de aprovechar el interrogante moral para legitimar el recurso a la solución final.

El apoyo que debe darse a esta específica dialéctica, sin embargo, para que no ceda a la desesperación del abandono, tiene poco que ver “digámoslo una vez por todas” con la compasión y la terapia. Más bien, tiene que ver, en primer lugar, con *el ofrecimiento de una última relación social, sólida y duradera*, en la que el impulso hacia el resentimiento por la vulnerabilidad de la vida pueda, en primer lugar, revertirse: y, sobre todo, reconocerse como humano, inevitable, comprensible.

En el seno de tal vínculo, precisamente ese resentimiento debe *ser reconocido* como experiencia universal del hombre, y también del creyente. Porque a su manera refleja, incluso en la contradicción, la correcta orientación del ser humano a una vida verdaderamente digna de ser vivida y a la feliz realización de los afectos más queridos. En segundo lugar, a través del apoyo de un testigo “tercero”, amigo confiable y no directamente involucrado, ese resentimiento puede *ser superado* reconociendo el hecho de que mantener el vínculo afectivo, familiar y comunitario, del gesto de dar la vida -del que todo ha nacido y que no se puede contradecir ahora mismo- es en sí mismo una prueba de la propia capacidad y disposición para reconocer el honor del amor que nos mantiene vivos, aunque no podamos disfrutarlo plenamente y corresponderlo.

El desarrollo de una nueva sabiduría de los cuidados, capaz de evitar fundamentalismos de cualquier tipo, y también de diseñar equilibrios realmente funcionales y fiables, nos provoca directamente. En esta perspectiva, estoy personalmente orientado a identificar la “especificidad” de

este “tercero”, en el horizonte de la relación de ayuda, como portador de buenos lazos, que no hacen el trabajo de la muerte, ni siquiera en las condiciones extremas de la vida.

La comunidad creyente y la conciencia cristiana tienen una vocación autóctona para asumir la disponibilidad de esta presencia del "tercero". En forma individual, así como a través de formas apropiadas de organización y trabajo en red. Facilitando también la formación más adecuada a los diferentes niveles de subsidiariedad que todos tienen la oportunidad de aprovechar en este marco. El capítulo de la solidaridad y del cuidado no es ciertamente aquel en el que la iniciativa cristiana ahorra sus esfuerzos.

Al contrario. Una mayor conciencia teológica del sentido profundo de esta apertura cristiana al ágape evangélico, podría ayudar a superar algunos prejuicios o malentendidos residuales, con respecto a la relación entre la fe cristiana y los “sufrimientos difíciles” del hombre. Incluso me atrevo a pensar que una mayor calidad del entendimiento cristiano de la fe puede ilustrar con provecho para todos el apoyo que proviene de la sabiduría evangélica para el sistema de relaciones y el orden de los afectos humanos. Pienso, por ejemplo, en su capacidad de devolver al humano el sentido ético, y no sólo biológico o político, de un destino común. Sí, no tan paradójico como parece ser el compromiso cristiano para soportar las cargas y sufrimientos del otro. E incluso el pecado del otro, en beneficio de la dignidad del ser humano herido.

Una demostración del Espíritu y de la fuerza, que nos unen. Más allá de la ley de la carne y de la sangre. A favor de nuestro prójimo, de quien el Señor nos pedirá cuentas. Aunque fuese un ser humano convencido de la ‘persecución de Dios’. Porque, especialmente en ese caso, el creyente llevará *humildemente* y con toda *seriedad* el peso de ese malentendido del sufrimiento humano que ha corrompido alguna vez la religión y la espe-

ranza del hombre. Nuestra proximidad responsable, que sólo la gracia de la encarnación y muerte del Señor puede sostener hasta la resurrección de la muerte, redimirá en un momento dado el honor mortificado del *abbà*-Dios y la esperanza herida de muerte del hombre.